

LA LEYENDA DE LAS TIERRAS RARAS

Descubrir la verdad sobre nuestros orígenes
no siempre resulta fácil



FOLAGOR

m̄r

FOLAGOR

LA LEYENDA DE LAS TIERRAS RARAS

m̄r

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Folagor, 2017

Edición y fijación del texto: Emma Lira

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Imagen de cubierta: OpalWorksBCN

Fotografía de contracubierta: cortesía del autor

Primera edición: septiembre de 2017

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-270-4371-8

Depósito legal: B. 13.424-2017

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Rotapapel

Printed in Spain-Impreso en España

CAPÍTULO 1

Y oel nunca había estado tan nervioso en sus dieciséis ciclos de vida. Nunca jamás.

Miró por su ventana, mientras el atardecer marcaba el fin de otro día más. El último. Todo estaba oscuro y vacío. Y pensó que exactamente así se sentía él.

No tenía ningún sentido haber pasado toda la vida, o al menos toda la vida desde que él recordaba, esperando ese momento y ahora no poder ir. No era justo, en absoluto, pero ¿de qué se extrañaba? ¿Desde cuándo la vida había sido justa con él?

A lo lejos las luces del aeropuerto rompían la incipiente oscuridad. No podía dejar de mirarlas, porque era allí donde él debía estar en breve. Preparando el viaje, en lugar de encerrado en la casa-escuela, aguantando miradas de conmiseración.

Pero no tendría que esperar mucho más; había tomado una decisión.

Abrió el cajón del escritorio y deslizó los dedos por la parte de abajo. Allí, pegado con cinta, estaba el machete que había

guardado tiempo atrás. El machete que había pertenecido a su padre. Una de las pocas cosas que pudo conservar de él.

No se permitían armas en la casa-escuela; bueno, realmente, no se admitían armas en prácticamente ningún sitio. La Cooperativa, en sus aburridos discursos de conciliación y no violencia, trataba de inculcar la idea de que no eran necesarias.

Excepto quizá en casos como ese, supuso.

Se preguntó si dolería sentir aquel filo agudo sobre la piel. Se preguntó cómo se soportaría. Tragó saliva y se culpó por ser tan cobarde. Unos golpes sonaron en su puerta.

—Yoel, ¿puedo pasar?

Era Janna, su tutora. Cerró el cajón despacio y tamborileó con sus dedos sobre la mesa, desesperanzado. Suspiró. ¿Por qué no podían dejarle en paz? ¿Y por qué el tiempo pasaba tan rápidamente cuando uno deseaba que se detuviera?

—¿Cómo estás? —Janna no había esperado su respuesta para entrar.

—Bien, supongo... —admitió, desganado. Intentó ahuyentarla con la mirada, con escaso éxito.

—Venga, Yoel. —Janna se acercó a él, compasiva. Él odiaba la compasión—. Ya sabías que podía pasar. No hagas de esto un drama. No lo es...

—Para mí, sí.

Hacía aproximadamente un cuarto de luna que Hax tendría que haber nacido, pero nada sucedía. Ni un movimiento que le sacara de su letargo, ni un mísero dolor que le alertara de que estaba a punto. Nada. Desde que se había conocido la fecha de incorporación fijada por la Academia, y durante el tiempo de la última luna, Yoel había hecho todo lo posible por acelerar su nacimiento. Había probado alternativamente con periodos de reposo y de esfuerzo, con masajes; había dado largos paseos, saltado, comido azúcar en cantidades ingentes, tratando primero de adelantar las fechas y luego de provocar la llegada, pero todo había sido inútil. Hax —se llamaría Hax, ya lo había decidido— permanecía ahí dentro, muy a gusto, en su bolsa incubadora, adheri-

do a él, dependiendo completamente de él. Sabía que estaba bien. Era lo único que le consolaba. Lo sabía porque percibía sus latidos y su suave respiración, tranquila, ajena por completo a su nerviosismo. No conocía aún su apariencia, pero sentía ya hacia su mitad el vínculo inquebrantable que los humanos experimentaban automáticamente hacia aquellos seres de apariencia animal que nacían, fusionados a ellos, durante su adolescencia.

El problema era que Hax ya debería haber nacido, como le había pasado a la mayoría de sus amigos con sus mitades. Vale, no había un momento más o menos fijo, como ocurría con el nacimiento de los humanos tras su concepción. Era algo... Yoel no sabía cómo explicarlo, algo quizá más relacionado con la madurez, con la transición a la edad adulta, lo que de alguna manera le resultaba humillante, pues le hacía parecer menos mayor y experimentado que el resto de sus compañeros. Había preguntado una y otra vez, pero la respuesta siempre había sido la misma. Sus profesores siempre les explicaban que la mitad se implantaba de manera automática y nacía en el momento en que el cuerpo estaba preparado. Ya está. No había otra. No existía ningún tipo de intervención artificial para provocar el nacimiento de una mitad. Eso habría supuesto interferir en el curso de la Naturaleza.

Y en la Gran Coalición del Oeste nadie cuestionaba los ciclos ni los tiempos, ni siquiera los caprichos de la Madre Naturaleza.

—Yoel, vale ya; no te obsesiones —le reconvino la profesora Janna—. Has tenido el último reconocimiento médico esta mañana. Ya lo has oído. Aún no está preparado para salir. Cada mitad tiene su ritmo. Cada uno de nosotros lo tenemos.

—La mitad de Taros ya ha nacido. Hace media luna... —Se odió a sí mismo por argumentar con las razones de un niño pequeño.

—¿No me has oído? —La profesora alzó su mentón con un dedo y le escrutó con sus ojos, de un castaño tan profundo que resultaba hipnotizante—. Ritmos, Yoel. Sé que te encantaría controlarlo todo, pero no puedes controlar eso.

Yoel se encogió de hombros, apesadumbrado.

—No podré ingresar junto a Taros en la Academia. Esta noche es la partida. —Suspiró y buscó en su mirada un hilo de esperanza—. ¿Crees que le dará tiempo a nacer para esta noche?

—No, Yoel —confirmó la profesora Janna con seriedad. No estaba dispuesta a dejar que se ilusionara con falsas expectativas—. No se mueve. No hay ninguna evidencia de que esté maduro. Créeme. He visto nacer a muchas mitades...

Talía, la mitad ardilla de Janna, correteó feliz sobre sus hombros, como para corroborar sus palabras. Janna acarició su cabecita peluda. Yoel les dirigió a ambas una mirada de envidia.

—¿Es por eso por lo que estás evitando a Taros? —inquirió Janna—. Ya ha venido a verte en dos ocasiones y no has querido recibirle.

—Ha venido a despedirse —constató Yoel con acritud—. Esta noche embarcará rumbo a la Academia.

—Sin ti..., ¿no es eso lo que estás pensando?

—Sin mí —accedió Yoel—. Llevábamos ciclos soñando con este momento. Desde niños.

—Yoel... —el tono de Janna seguía siendo sosegado—, las cosas no pueden forzarse. No le des más vueltas. No estás aún preparado.

—¡Pues claro que estoy preparado!

Su grito sonó un poco más alto de lo habitual. Él mismo se sobresaltó. Nadie hablaba en un tono tan elevado; nadie daba contestaciones disonantes, y menos a un profesor, a un educador, a un formador. Esas eran las profesiones más apreciadas en la Gran Coalición del Oeste. La educación era el centro de todo y sus profesionales, las figuras alrededor de las cuales todo giraba.

Hacía ya ciclos, muchísimos ciclos —Yoel no tenía ni idea de cuántos, aunque probablemente lo había estudiado y lo había olvidado inmediatamente después—. La federación de países que formaban la Gran Coalición había desterrado las viejas y utópicas ideas de democracia y representación popular que tuvieron bastante repercusión durante, aproximadamente, el último par de siglos. «Todos somos iguales», «Un hombre, un voto»... Habían

clamado aquellas ingenuas consignas. Durante años, la gente se había echado a la calle, se había manifestado, había luchado e incluso había muerto para conseguir un ideal que hacía mucho tiempo se había revelado ineficiente. ¿Todos iguales? ¡Tonterías! La Cooperativa, el grupo de dirigentes de la Gran Coalición había demostrado de sobra que la pretendida igualdad era una utopía, una idea «políticamente correcta» en su momento, pero muy poco práctica. ¿Acaso el voto de un filósofo, de un gobernante, de un académico podía valer lo mismo que el de un ignorante o incluso —¡que la Tierra nos perdone!— el de un enfermo mental? ¿Acaso el voto de un anciano en su sano juicio, con sus conocimientos y experiencias, podía ser el mismo que el de un estudiante vago y con tendencia a comportamientos ilícitos? ¿El voto de un ingeniero, de un científico podía valer lo mismo que el de un analfabeto? ¡Jamás! Hacía ya mucho tiempo que se habían recuperado los antiguos ideales clásicos de aristocracia, «el gobierno de los mejores». Había costado, pero al final la gente lo había entendido. Aunque ¿quiénes eran los mejores? En un sistema donde apenas existe ya desigualdad social, donde la pobreza ha sido erradicada, donde todo el mundo tiene los mínimos absolutamente garantizados los mejores no son los más ricos —que no existen— ni la nobleza —también desterrada hace tiempo—; los mejores son, sencillamente, los más sabios. Pero los sabios no nacen sabios. Se educan, estudian, se forman y se preparan continuamente para tener la capacidad de analizar la realidad. Por eso los educadores eran las figuras clave bajo el gobierno de la Gran Coalición, porque detrás de cada ingeniero, gobernante, científico o filósofo, en cada una de las etapas de su vida, siempre había un profesor.

—Lo siento, Janna. No quería gritarte...

—No pasa nada. Estás un poco nervioso. Debes controlar mejor tus sentimientos. ¿Ves? Quizá ese sea un síntoma de que no estás emocionalmente preparado, de que aún no has madurado por completo.

Vaya, lo que faltaba, pensó, pero únicamente se encogió de hombros. No quería discutir. Probablemente Janna filtrara luego

un informe de sus capacidades emocionales. No quería parecer un desequilibrado. O peor aún, ese crío inmaduro y caprichoso que su tutora pensaba que era.

—¿Quieres que le diga a Taros que pase? —sugirió ella.

—¿Sigue aquí? —inquirió Yoel enfurruñado.

Janna asintió sonriente y se puso en pie sin esperar respuesta. Talía, anticipando sus pensamientos, correteó por su brazo y saltó de su mano al pomo de la puerta. Yoel envidió esa secreta complicidad silenciosa entre Janna y su mitad. La puerta se abrió. Un osezno jugueteón se abalanzó torpemente hacia la sala, espantó a Talía, que se refugió en una estantería, hizo reír a Janna y derribó a Yoel a lametazos. Desde el suelo, riéndose a su pesar, tratando de quitarse a la pequeña mole parda de encima, adivinó la silueta de Taros. Alto, moreno, con el pelo largo y alborotado, recogido en una pequeña coleta en la nuca. Su amigo esbozó una sonrisa un poco forzada, como si se sintiera algo incómodo, como si le sorprendiera que por fin Yoel hubiera accedido a verle. ¿Había accedido...?

—¡Vaya! Parece que le gustas.

Yoel se incorporó a duras penas. Janna le sonrió antes de dejarlos solos. Juraría que Talía le guiñó un ojo de color avellana.

—Y a mí me parece —le rebatió, fingiéndose enfadado— que deberías irle enseñando a distinguir situaciones reales de peligro, para evitar que se comporte siempre como un peluche...

—No es un perro guardián. Es mi mitad. Es muy listo —atajó Taros—. Y esto no es ninguna situación real de peligro.

En la Gran Coalición del Oeste, en realidad, había pocas situaciones reales de peligro. Cada cual ocupaba su puesto y conocía a la perfección el papel que debía desempeñar. Pocos trataban de salirse del esquema establecido. La Cooperativa velaba por el buen desarrollo de la comunidad y la política del bien común. La Gran Coalición estaba organizada como un hormiguero; lo que importaba era el bienestar del grupo, no de sus individuos aislados. Y funcionaba. Pocas cosas escapaban al control de la Cooperativa. Por eso las mitades, que en su relación inicial con los hu-

manos habían sido un instrumento más a su servicio para defenderse de un exterior hostil, eran ahora, en algunos casos, tranquilas mascotas apenas preparadas para enfrentarse a situaciones de emergencia.

Ese era otro de los motivos por los que Yoel quería partir esa misma noche para ingresar en la Academia. Quería integrar el cuerpo de los Exploradores, que era la única disciplina formativa que incluía el adiestramiento de las mitades, buscando todo el potencial de sus habilidades y de su conexión con los seres humanos, desde su forma de nacimiento hasta su forma de combate, en ocasiones letal. Yoel había leído mucho sobre el tercer estadio de las mitades, que requería de un férreo control por parte de sus humanos, pero jamás había conocido ninguna en esa forma. Le fascinaba ese potencial, pero viendo los ojazos inmensos de aquel osezno, que se lamía sus propias patas, parecía casi imposible de imaginar en actitud agresiva.

—¿Cómo se llama? —Yoel sonrió al cachorrón, que, a una señal de su amigo, volvió a colocarse a su lado.

—Grog. —Sonrió Taros, feliz, y de repente, cobró conciencia de que su felicidad enturbiaba la de su amigo—. ¿Y tú? ¿Cómo vas? —se interesó.

A Yoel le pareció que su compañero tenía una voz más grave. Llevaba catorce noches sin verle; desde el día en que había nacido Grog y él no quiso ir a visitarle porque su amigo no se merecía sus lágrimas ni su envidia. Le observó con detenimiento antes de contestar. ¿Era posible que pareciese más fuerte? Sus hombros se veían más anchos y había una leve sombra en su mandíbula. ¿Había empezado a afeitarse? ¿Era esa la madurez de que hablaba Janna?

—Bueno, esperando. —Señaló su costado, donde su vestimenta ocultaba el pequeño bulto de la bolsa incubadora.

—Todavía queda tiempo... Ya verás, ten esperanza... —arguyó Taros.

Su tono trataba de ser consolador. Yoel negó con la cabeza. Su amigo sostuvo su mirada.

—Los dos sabemos que no, Taros. Salís esta noche. Y yo no estaré allí.

Taros trató de posar una mano en su hombro, pero Yoel se revolvió.

—Venga, Yoel. No es para tanto... Podrás ir el ciclo que viene.

—Y ya habrá pasado otro ciclo. Llevo media vida deseando que llegara el momento de ingresar en los Exploradores, de poder recorrer el Este...

—Lo harás el próximo curso...

—¡No quiero hacerlo solo!

Los dos sabían a lo que se refería. Ocho ciclos atrás, cuando Yoel era un niño, su padre, Arbineyán, un miembro de la élite de los Exploradores, había muerto durante una incursión al Este. Según le habían transmitido a la familia, las bandas salvajes de saqueadores habían hecho imposible para la Cooperativa la recuperación del cadáver. Yoel había escuchado historias que ningún niño debería oír jamás sobre seres malignos de colmillos afilados que se alimentaban de carne en aquella extraña, lejana y amenazante región.

Taros tomó de los hombros a su amigo para mirarle fijamente. Grog movió su cabezota hacia ambos lados, aparentemente preocupado.

—Yoel —advirtió seriamente—, puedes hacerlo —bajó un poco la voz—; puedes hacerlo perfectamente tú solo, pero si descubren que tienes miedo... entonces, puede que jamás te consideren apto.

—No tengo miedo —siseó Yoel, encendido de furia—, no es miedo. Es solo que... Es que...

Era solo que Arbineyán jamás volvió de su última misión. Se le dispensaron funerales de héroe y en el Jardín de las Almas fue enterrada una urna vacía cuyas semillas, como en una maldición, nunca habían dado fruto. Era solo que su madre, una de las más eminentes consultoras del Consejo, asistió al oficio con la mirada perdida y sin derramar ni una sola lagrima, y que un atardecer,

tres noches después del funeral, subió a su habitación a dormir y ya nunca despertó...

Era solo que él se había criado sin familia, en una casa-escuela, con mucho tiempo para pensar en venganzas y en fantasmas.

Era solo que se le iban borrando sus caras en el recuerdo.

—Ten fe, amigo —sugirió Taros—. Quedan aún unas horas. Y los dioses conocen tus motivos.

Yoel no depositaba demasiadas esperanzas en unos dioses que le habían arrebatado a sus padres con apenas ocho ciclos de vida, pero se guardó mucho de decírselo a Taros. Cualquier cosa pronunciada en voz alta era patrimonio público. El sistema disponía de mecanismos para expresar las quejas por cualquier motivo, incluso aquellas que afectaban al culto a los dioses de la Naturaleza ante los que se postraban. Las críticas no podían ser anónimas y debían seguir los canales indicados. La Cooperativa necesitaba conocer si alguno de sus ciudadanos estaba en desacuerdo con su forma de actuar, por su propio bien. Y cada uno de ellos era responsable de todos los demás. Era así como se funcionaba, como colectivo. La única manera posible. Yoel había aprendido muy pronto a callarse todo lo que pudiera hacerle parecer frágil o vulnerable a ojos del sistema. Cualquiera podía presentar un informe sobre sus comportamientos, incluso Taros. No por maldad, sino porque esa era su obligación; cualquier otra fórmula podría interpretarse como un intento de socavar la estabilidad del sistema.

Pese a todo, Yoel asintió. Miró a los ojos a su amigo.

—Si no nos vemos esta noche, te deseo que tengas toda la suerte del mundo, Taros.

—Gracias.

—Cuídate —le rogó. La sombra del padre al que apenas recordaba vagó por su mente—. Es muy peligroso, Taros. Las pruebas, las misiones..., lo sabemos de sobra porque llevamos ciclos preparándonos para esto.

—Ya. —Taros sonrió, restándole importancia—. También sabemos que merece la pena. Hay otras profesiones, pero no valdríamos para ellas.

Yoel le devolvió la sonrisa.

—No, no valdríamos.

En un mundo ideal que había desterrado las guerras, el cuerpo de Exploradores era el único estamento que ofrecía posibilidades para la acción, la improvisación y lo desconocido. El cuerpo de Exploradores había sido creado casi con el único objetivo de adentrarse periódicamente en el Este, para tratar de cartografiar aquel terreno misterioso que no estaba en ningún mapa, que los drones no podían sobrevolar y sobre el que no funcionaba la señal de los satélites. El Este estaba parcialmente poblado por tribus hostiles y escasamente organizadas que vivían del saqueo, ignoraban las más elementales reglas de convivencia y no conocían a los dioses. Los informes sobre ellas y el vasto territorio que controlaban eran escasos y muy apreciados.

En el pasado, Arbineyán, el padre de Yoel, había formado parte de ese cuerpo de élite al que él quería incorporarse ahora. El acceso requería de un expediente académico intachable, de un rígido entrenamiento y de una espectacular forma física. Aun así, la mortandad entre sus miembros era mucho mayor que en otros sectores, mucho mayor y a edades muy tempranas, sobre todo teniendo en cuenta que aquel era un sistema en el que los seres humanos, una vez eliminadas la mayor parte de las enfermedades, fallecían sencillamente de viejos.

Nadie hacía demasiadas preguntas cuando moría un aspirante a explorador. Quizá porque era algo implícito. No hay gloria sin riesgo, se decían. Las familias no entonaban llantos innecesarios; no estaba bien visto hacer alarde de dolor o de sufrimiento, porque eran signos de debilidad. No todo el mundo conseguía manejar sus emociones con el rigor que exigía la Cooperativa, por eso algunos, como su madre, habían optado por elegir su propia muerte. El suicidio no estaba mal visto ni penado. Cada persona era dueña de su propio final en cualquier momento, e incluso en ocasiones era un síntoma de valentía. Yoel, sin embargo, no pensaba que su madre hubiese sido valiente. En absoluto. Ser valiente habría supuesto levantarse cada día sola, tras la desaparición

de su hombre, y criar a su hijo y trabajar y seguir caminando y quizá, con el tiempo, volver a sonreír y enamorarse de nuevo. Eso habría requerido valentía. Odiaba la sensación de soledad que le había rodeado siempre. Y suponía que por eso, incluso ahora, tendía a apoyarse en alguien, como hacía con Taros. Sencillamente porque no soportaba estar solo.

—Nos veremos el ciclo que viene —le animó Taros—. Y quizá en el Este.

—Si me cogen —puntualizó Yoel.

—Te cogerán.

Los Exploradores eran el segundo estamento sobre el que se sustentaba la Cooperativa. Quienes pasaban las pruebas debían haber demostrado ampliamente no solo sus conocimientos, sino su espíritu de equipo y su capacidad estratégica. Únicamente así se les consideraba preparados para alcanzar los más altos puestos y convertirse, a su vez, en consejeros o en formadores.

Si sobrevivían, claro.

La Academia era quien formaba a los exploradores. Y la Academia era el centro educativo más prestigioso de la Gran Coalición. Era el órgano consultivo de la Cooperativa y por eso algunos de sus profesores eran miembros o consejeros de la misma. Sus instalaciones se encontraban en una ubicación secreta que nadie había revelado jamás y todo el mundo hablaba de ellas con cierta reverencia. El mundo era muy seguro, sí, pero un espacio que albergaba a la mayoría de mentes pensantes presentes del planeta —y a algunas de las futuras— no podía permitirse correr riesgos.

Todos los años, con apenas una luna de antelación, la Academia daba a conocer la fecha de ingreso al cuerpo de Exploradores. No había requisitos económicos. Cualquier ser humano —varón o mujer— que hubiera pasado las pruebas de acceso tanto de conocimiento como físicas podía incorporarse. Solo era necesario que tuviera ya a su mitad; que para ese momento ya hubiera nacido. La formación en realidad era para ambos, para el ambicioso tándem entre la mente humana y la animal, para una misteriosa y

perfecta fusión entre las características de una y otra, algo que nunca parecía fruto del azar, pues, de una manera que los científicos no atinaban a explicar, cada una de las mitades tenía rasgos que complementaban e incluso mejoraban a sus humanos.

Cada mitad era como un tótem.

Los libros de biología hablaban de que cuando la sociedad ideal logró el pleno equilibrio con la Naturaleza, cuando dejó de esquilmar los recursos, prohibió la deforestación, estableció el veganismo absoluto como forma de alimentación y pudo finalmente alcanzar el control sobre el cambio climático, cuando el hombre dejó de hacer daño a animales y plantas de su entorno, empezaron a surgir esas criaturas que parecían gestarse dentro de cada ser humano y manifestarse cuando alcanzaban su adolescencia. Algunas voces disidentes decían que aquello no era un mecanismo natural ni de fusión con el entorno, sino una implantación artificial generada en oscuros laboratorios.

El caso es que humanos y mitades eran felices en esa fusión.

—Ten mucho cuidado.

—Lo tendré, no te preocupes.

Se abrazaron en silencio. Grog pestañeó al observarles. Taros miró a su amigo con un inconfesable pinchazo de pena en el alma, con el secreto convencimiento de que estaban viéndose por última vez.

Se separaron y de forma inconsciente Yoel deslizó cuidadosamente su palma sobre la bolsa incubadora. Sentía los latidos precipitados de su mitad acompañándose a los suyos. Vio los ojos tristes de Taros posados en sus propios ojos y quiso sacudirse su lástima como si fuera una chaqueta vieja que alguien le hubiese echado por los hombros. Aferró la puerta, como para invitarles a salir. Grog iba delante, cabizbajo, como si pudiera sentir las emociones de su humano. Taros se volvió desde el pasillo.

—Te echaré de menos —admitió.

En los ojos de Yoel había un destello peligroso de arrogancia y resolución. No podía permitirse la debilidad. Ni la debilidad ni la compasión.

—Por poco tiempo... —respondió.

Cerró la puerta antes de que el desconcertado Taros siguiera haciéndole preguntas. Le pareció sentir su mano en el aire, a punto de llamar otra vez a la puerta, pero no lo hizo. Apoyó la espalda sobre ella y apretó los ojos fuertemente, para retener las lágrimas que amenazaban con escaparse. Se preguntó si su padre o su madre se avergonzarían de él si supieran lo que estaba a punto de hacer...

Están muertos, se dijo con frialdad. No me ven, no me oyen, no sienten nada. Punto.

Notó un pequeño escalofrío al constatar que había llegado el momento.

Había tomado una decisión. Y nada ni nadie, ni vivo ni muerto, conseguiría que se echara para atrás.